

LITERATURA Y ARTE EN EL EXTRANJERO

Por ANDRES REVESZ

SE multiplican los ensayos dedicados a Balzac con motivo del primer centenario de *La Comedia Humana*. Con Balzac pasa algo parecido que con Lope de Vega: que no es autor de una novela que se destaque por encima de las demás. Flaubert lo es de *Madame Bovary* o *La Educación Sentimental*; Stendhal, de *Rojo y Negro*, o si se prefiere, *La Cartuja de Parma*. ¿Pero qué novela deberíamos mencionar como obra maestra de Balzac? Ha escrito mucho y pocas personas han leído sus obras completas. Con Stendhal es más fácil: basta en rigor con haber leído dos obras suyas. De Balzac hay que leerlo todo, o casi todo. En cada página surge algo imprevisto. Novelas cortas, algo apartadas, como *Beatriz*, no desmerecen al lado de *Le père Goriot*. Esta es la novela que suele ser citada como la más característica y la mejor del «Napoleón del género». Somos muchos, seguramente, los que no nos atreveríamos a emitir juicio.

Mucho menos conocida es *El primo Pons*; sin embargo, no la consideramos inferior a la otra. O el *César Birotteau*. O *Las ilusiones perdidas*. No sé si desde el punto de vista estrictamente estético pertenece a las mejores obras del gran novelista. Se le pueden encontrar reparos; se la podrá tachar de folletinesca. Pero no siempre debemos mostrarnos fríamente objetivos; hay momentos en que nuestras predilecciones tienen derecho a manifestarse por encima de las consideraciones puramente literarias y artísticas. Pues bien: *Las ilusiones perdidas* es «nuestra» novela: la de los literatos y periodistas, de los jóvenes que llegan a la capital con la ilusión de conquistarla, y que luego, bajo la fuerza de las circunstancias, se transforman en siervos de la Prensa, de la tarea cotidiana sin arte y ya sin ilusiones. Es la novela de las actrices, las entretenidas, compañeras de la bohemia de las Letras. Es la novela de los ambiciosos, cuya audacia juvenil encanta a Balzac, a pesar de sus defectos e incluso a pesar de sus vicios. Vemos en él siempre una fuerte inclinación hacia los Rastignac, los Rubempré, en los cuales ve la realización de sus propios ensueños de juventud, que sólo en el terreno literario llegaron a realizarse plenamente. Y sus héroes ambiciosos no avanzan solos hacia la meta, sino acompañados por mujeres superiores cuya devoción les allana el rudo camino.

Decimos que hay algo folletinesco en Balzac. Varios capítulos suyos—peor escritos, desde luego—se encuentran en los *Misterios de París*. Pero no debemos olvidar que actuaba en una sociedad radicalmente transformada por las etapas revolucionarias y por el incommensurable triunfo del mayor ambicioso de los siglos: Bonaparte. Folletinesca—o romántica en el sentido de los extremos—es la escena en que Lucien de Rubempré tiene que escribir una canción báquica al lado del cadáver de su amante. Y esa otra en que la sirvienta de la muerta tiene que buscar en el bulevar los veinte francos que necesita el ambicioso fracasado para regresar, a pie, a su provincia. Romanticismo, y de la peor especie, podrán decir los críticos objetivos, pero como el folletinista es en esa ocasión un artista incomparable, sabe conferir a la pesadilla vivo carácter humano y transformar a muñecos románticos en personalidades individualizadas e inolvidables. El genio salva los baches de buen gusto y los excesos de la imaginación.



Honorato Balzac

La vasta empresa de Balzac fué repetida, en una escala muy inferior, por Emilio Zola, y en nuestros días por varios autores de los que los franceses llaman «roman-fleuve». El intento es siempre presentar las diversas facetas de la sociedad, de rivalizar con el registro civil. Ya antes de la guerra anterior, Romain Rolland había presentado los diez tomos (si bien poco voluminosos) de su *Jean-Christophe*. Luego, después del Armisticio, Roger Martin du Gard recomenzó el experimento con *Les Thibaut*, que le valieron finalmente el Premio Nóbel de Literatura. Siguen Jules Romains, con *Les hommes de bonne volonté*; Georges Duhamel, con *Vie et aventures de Salavin* y *La Chronique des Pasquier*; Jacques de Lacretelle, con *Les Hauts-Ponts*, menos conocido que los anteriores. La influencia de Honorato de Balzac no ha desaparecido nunca, y hasta podemos notarla en los excesos romanescos de la novela de aventura, cuyo auge había sido predicho por Jacques Rivière. Balzac, aunque no influya directamente en tal o cual obra, es el creador de la novela contemporánea, por haber ensanchado considerablemente sus temas, así como la edad de los personajes que podían intervenir en el terreno del amor. La novela es hoy un género que no tiene límites, ni puede ser definido. Biografía, autobiografía, recuerdos, descubrimientos científicos, todo es novelable. En su libro *Paradoja sobre la novela*, Kléber Haedens escribe con razón que «los ensayos de Montaigne, obra maestra de la novela autobiográfica, tienen un valor humano muchísimo más grande que las oscuras complicaciones de Zola». «Le roman échappe a toutes les règles d'un genre», afirma Gide. Novela es la obra de Proust, de Girandoux, de Alain-Fournier, a pesar de ser la antitesis de la novela perfectamente compuesta *Madame Bovary*. Novelas son *Tristram Shandy*, *Viaje sentimental*, *Pantagruel*, *La Isla de los Pingüinos*. Es el más libre de todos los géneros.

La novela es al par el género predilecto. El ser humano necesita cuentos desde la niñez hasta la muerte, necesita «ficción», palabra (fiction) que dan los anglosajones a la novela, novela corta y cuento. En 1941, de las diez mil y pico de obras publicadas en los Estados Unidos, mil setecientas pertenecían a la clase de «fiction». En segundo lugar vienen los libros para niños, y en tercer lugar, obras de sociología y economía. Continúa el sistema de costosa publicidad acerca de los libros calificados de «best-seller», que más se venden, a veces sólo durante unas semanas, otras veces por más de un año. El «best-seller» no es siempre—mejor dicho, raras veces lo es—la obra más perfecta, sino la que mayor número de compradores encuentra, sea por el nombre del autor, sea por el título, o el contenido, la publicidad o cualquier circunstancia fortuita. Como el lector norteamericano es más bien ingenuo y de una juvenil curiosidad, el «best-seller» aumenta de tirada con el sistema de la bola de nieve. Lo fué, hace ya varios lustros, *Los caballeros las prefieren rubias*, título hábil y afortunado, estilo a la vez ingenuo, pícaro e impertinente. Más cerca de estos días encontramos la novela de aventuras, a través de mares y continentes, *Anthony Adverse*, predecesor, hasta cierto punto, de las actuales novelas de más de mil páginas.



Acuarela representando a Balzac, Federico Lemaitre y Teófilo Gautier